

HISPAMÉRICA

La próxima vez que te vea

Author(s): José Ricardo Chaves

Source: *Hispanamérica*, Año 28, No. 83 (Aug., 1999), pp. 94-95

Published by: [Saul Sosnowski](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/20540135>

Accessed: 17/06/2013 18:54

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



Saul Sosnowski is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Hispanamérica*.

<http://www.jstor.org>

—Mire, don Luis, yo le prometo que apenas puedo le pago los alquileres atrasados. Déme más tiempo, por favor. Es que, ¿sabe usted?, últimamente me ha ido muy mal. No he podido conseguir trabajo desde hace cuatro meses, cuando me echaron por el asunto aquel de la huelga. No, don Luis, no crea que es deshonestidad de mi parte. Lo que le digo es cierto, no tengo ni un peso partido a la mitad. Con decirle que esta última semana la hemos pasado sólo de milagro y, para colmo de males, mi mujer se enfermó y no ha podido vender lotería, que es con lo que nos veníamos defendiendo. Y se enfermó de veras, nada de resfriados o dolores de cintura. Por favor, don Luis, ¡otro tiempito más! Total que usted no se va a morir mañana porque no le pague hoy. Por favor, don Luis, por favor...

Un silencio tenso siguió a la súplica de Carlos. Su mirada, su angustia, llenaban el interior del cuchitril que tenía por morada. Paredes empapeladas con viejos periódicos, dos catres desvencijados con cuatro niños encima, cuyas edades sumadas apenas llegaban a quince años. Las palabras que pronunció don Luis se clavaron como dardos en Carlos:

—Lo siento, amigo. Ya te he dado mucho tiempo. Sé que tu situación es difícil, pero yo no puedo hacer nada. Si a todos mis inquilinos les hiciera caso —pues te aseguro que no eres el único con problemas— sería, quizás, un santo mas no un empresario. Y a mí, Carlitos, me interesa seguir siendo esto último. Así que si la próxima vez que te vea no me pagas...

El hombre no quiso terminar la frase. No era necesario. Ya Carlos había visto a más de un inquilino tirado a la calle por no pagar. Don Luis dio una última chupada a su cigarro mentolado para luego lanzarlo al suelo. Se levantó del banco en que estaba sentado y se dirigió a la puerta. Antes de abandonar la habitación agregó:

—¡Ah!, te advierto: esa próxima vez que te vea no está muy lejos. Puede que sea mañana ... o pasado...

Costa Rica, 1958. Realizó estudios de antropología y de economía. Obtuvo premio de cuento en el certamen Joven Creación con su colección *La mujer oculta*, en 1984. Su novela, *Los susurros de Perseo* (1994), fue publicada en México, donde reside desde hace varios años. Trabaja en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) donde imparte cursos de Literatura Comparada. Su ensayo *Los hijos de Cibeles. Cultura y sexualidad en la literatura de fin del siglo XIX* fue publicado por la UNAM en 1997, así como su último libro de relatos, *Cuentos tropigóticos*, del cual hemos seleccionado el cuento que aquí presentamos.

Los primeros minutos después de que don Luis se marchara fueron dignos, más que de Carlos, de un zombi. Pensó en Lupe, su mujer, que se encontraba en un hospital de caridad, en los múltiples intentos fracasados por obtener trabajo. Miró a sus hijos que dormían, ignorantes de su incierto futuro. Por último, se descubrió llorando, pero de inmediato reprimió el llanto y se quedó cavilando en la habitación penumbrosa. Recordaba las palabras de don Luis: “La próxima vez que te vea...”; le martillaban la cabeza. “La próxima vez que te vea”. Las oía. Una y mil veces las oía. Crecían, cada vez más fuertes, cada vez más temibles.

Las horas pasaron.

Ya iban a dar las dos de la madrugada. Oculto entre las sombras de las casuchas, Carlos aguardaba en el callejón. Sabía que, como casi todas las noches, don Luis pasaría por ahí. Tenía que pasar. Sí. Sí. No podía ser que precisamente esa noche no pasara. Carlos esperaba mientras seguía oyendo aquellas palabras que palpitaban: “La próxima vez que te vea...”. Carlos al acecho, Carlos y una cuchara.

Oyó unos pasos. Don Luis se acercaba. Borracho, iba a terminar la noche en el cuarto de alguna de sus mantenidas. Carlos escuchaba los pasos cada vez más cercanos, levantándose del fango y volviendo a él, azuzándolo para que realizara lo que había decidido hacer. “La próxima vez que te vea...” Las palabras y los pasos. Las palabras y la cuchara. Las palabras y el fango. Todos conjurados.

Cuando ya estuvo a su alcance, Carlos salió de su escondrijo rápidamente y mientras tomaba a don Luis por el cuello con uno de sus brazos, con la otra mano sacó, con ayuda de la cuchara, el maldito par de ojos que, en una próxima ocasión, lo habrían visto. Las bellotas cayeron en el barro, en ese lodo rojizo en que se asentaba el enorme caserío. Carlos corrió. Un gato negro lo vio pasar desde uno de los tejados. El atacante escapaba, iba cortando con su cuerpo la neblina nocturna mientras que, atrás, don Luis quedaba en el suelo, de rodillas, gritando de dolor, ciego y mirado por unos ojos sangrantes y sueltos.